

PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 326

25 cts

17. MAYO
1931



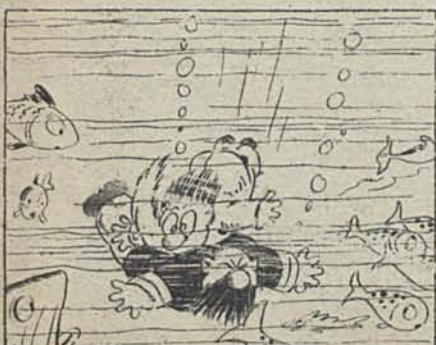
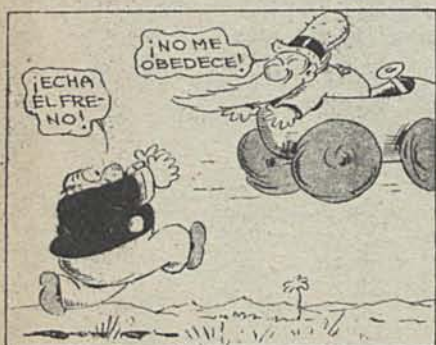
T
- ¡AYER ROMPI UN PARAGUAS EN LAS COSTILLAS DEL CAPITÁN!
- ¡QUE HORROR!
- ¡NO TIENE IMPORTANCIA! ¡ERA UN PARAGUAS BARATO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

POR
E. Salgar L



(Continuación)

—¡El Weber!— exclamó—. ¡Podemos considerarnos en salvo,

porque la hacienda debe de estar a pocos pasos!

—¡Y tal vez los indios en ella!— pensó Harris.

Se abrieron camino con las navajas por entre una maraña de plantas, y poco después estuvieron en el río.

Corría éste por un cauce relativamente estrecho, cubierto en sus dos lados de genciana y helechos, así como de *camelthorn*, semejante a la acacia de la jirafa del África.

Con una rápida mirada convencióse el *indian-agent* de que no les amenazaba ningún peligro.

Cierto que podían tropezar con jaguares o *coguares*, animales que frecuentan mucho las orillas de los ríos para sorprender a los ciervos y aun a los gigantescos bisontes que acuden a beber; pero no eran aquellos enemigos capaces de atemorizar a tres hábiles y valientes cazadores.

Solamente los indios eran temibles en aquellas circunstancias.

—¡No dejo de pensar en el maldito *gambusino*!— dijo John—. Es un espía que hemos traído todo el camino. ¡Pero, en fin, ya le encontraré más tarde o más temprano, y saldaremos cuentas! ¿Quién sabe si él mismo guiará contra nosotros a Jalta y a *Caldera Negra*? ¡Nunca lo hubiera imaginado!

—Por eso, cuando le hicimos prisionero y nos fijamos en el color de su piel, que le asemejaba más bien a un indio que a un mestizo,

no tuvimos inconveniente en perdonarle la vida, a condición de que nos sirviera de guía— manifestó Harris.

—¡Y no era más que un espía que se colocaba a nuestro lado!— añadió John—. ¡En fin, ya le encontraré algún día y saldaremos cuentas!

—Si no os arranca antes la cabellera.

—¡Mientras tanto, a correr, que urge que lleguemos!

Después de descansar algunos minutos colocaron entre ellos a Minnehaha, y continuaron su camino, siguiendo la orilla del río.

El río se ensanchaba cada vez más; sus aguas, antes rapidísimas, comenzaban a quedar inmóviles a causa de los muchos bancos de arena, sobre los cuales dormitaban monstruosos animales, con la rugosa espalda cubierta de plantas acuáticas.

A mediodía hicieron otro breve descanso para devorar alguna carne seca de la que por precaución habían conservado, y otra vez echaron a andar, hasta que de pronto el *indian-agent* se puso a escuchar con atención.

—¿Qué es eso?— preguntó Harris.

—¡Amigos, si queréis salvar vuestra cabellera, al río en seguida!

—¿Otra vez los indios?

—¡Escucha un instante, Harris!

El cazador se quedó un momento quieto, y bien pronto movió la cabeza, apretando los puños.

—¡Sí, vienen!— dijo en seguida—. ¿Y van a cogernos ahora, que estamos a la puerta de la hacienda?

—¡Al río en seguida!— replicó John, cogiendo a la india entre sus brazos.

Los tres hombres llegaron hasta la orilla del agua, y allí se detuvieron.

—Es más profundo este río de lo que yo creía— dijo el *indian-agent* con cólera—.

¡Imposible pasarlo sin mojar nuestras armas y municiones!

—Coloquémonos las armas en la cabeza, y crucémosle a nado.

—¡Nos falta tiempo! ¡Los indios están ya ahí! ¡Ah! ¡La fortuna no se cansa de protegernos! ¡Mirad aquella abertura a flor de agua! ¡Pronto, amigos; ahí debe de haber sitio para todos!

Los tres amigos y la muchacha llegaron a una especie de socavón o caverna hecha por la acción de las aguas, y en ella entraron todos.

—¡He aquí un refugio que me recuerda el que tuvimos en la cornisa!—dijo John—. Pero éste es más seguro que el otro, porque si los indios quisieran entrar, tendrían que pasar uno a uno, y eso nos permitiría fusilarles cómodamente.

—¿Nos habrán descubierto?

—Creo que no.

—¿Sabes que los indios ventean admirablemente la presencia del hombre blanco?

—Lo sé. ¡Pero calla, Harris, que ya están ahí!

Hacia fuera se oían voces de hombres y relinchos de caballos.

Parecía que los indios bajaban hacia el río.

—¿Qué hacen?

—No soy adivino, para poder decírtelo. Estate callado, cuida de que Minnehaha no dé un solo grito, y deja que vaya a ver lo que hace esa mala gente.

Con gran cuidado se asomó por la abertura, y vió a cierta distancia seis indios, armados con lanzas y escudos, que cruzaban nadando el río, llevando delante a los caballos, sin temer a la corriente, que era bastante impetuosa en aquel sitio.

—¡No son más que seis!—murmuró el *indian-agent*—. ¡Si detrás no vienen más, no está todo perdido! ¡Sí, sí! ¡Buscad, y encontraréis, estúpidos!

Los seis indios seguían inspeccionando las dos orillas. A poco John vió que uno de ellos salía del agua y se inclinaba con gran atención hacia el suelo.

Un grito de triunfo salió de los labios del *piel*

roja: había descubierto las huellas de los fugitivos.

—¡Malol!—dijo John—. ¿Serán solamente estos seis?

Retrocedió hasta unirse con sus compañeros, a los que dió cuenta de sus observaciones.

—Afortunadamente—les dijo—, no traen armas de fuego.

—¡Con dos descargas les quitamos de en medio!—dijo Harris.

—Yo preferiría no hacer ni una sola. ¡Pero callad, que están ahí! Preparad los rifles. No hagáis fuego hasta que yo lo ordene.

Al cabo de unos instantes, una sombra interceptó la luz que entraba por la boca de la cueva.

Un cuerpo humano se había introducido en ella.

—¡No os mováis!—susurró John a sus compañeros.

Sea que aquella advertencia hubiera llegado a oídos del curioso que entraba, o sea por otra causa cualquiera, el cuerpo humano, en vez de retirarse, entró resueltamente en la cueva.

Un disparo resonó entonces.

Harris había hecho fuego, destrozando al intruso la cabeza.

—¡Fuera! ¡Fuera!—gritó John—. ¡No nos queda más remedio que aceptar la batalla!

Saltó sobre el cuerpo del *piel roja* y disparó contra los otros indios, que estaban para echar pie a tierra.

Un grito siguió a la detonación y otro indio cayó desplomado del caballo al río.

Los otros cuatro *pieles rojas* se pusieron en seguida a la defensiva, lanza en ristre; pero al ver que eran tres los hombres que salían de la cueva, volvieron grupa a sus caballos, desapareciendo bien pronto en una revuelta del río.

—¡Ahora coged a la muchacha, y a escape! ¡Una suerte igual no se presenta dos veces!

Y corriendo por la orilla del río avanzaron unos cuantos metros, hasta llegar a unos campos de maíz, por donde vieron que iban varios

(Continuará en el próximo número).

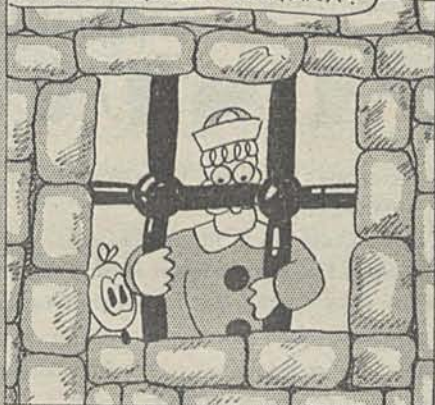


CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO

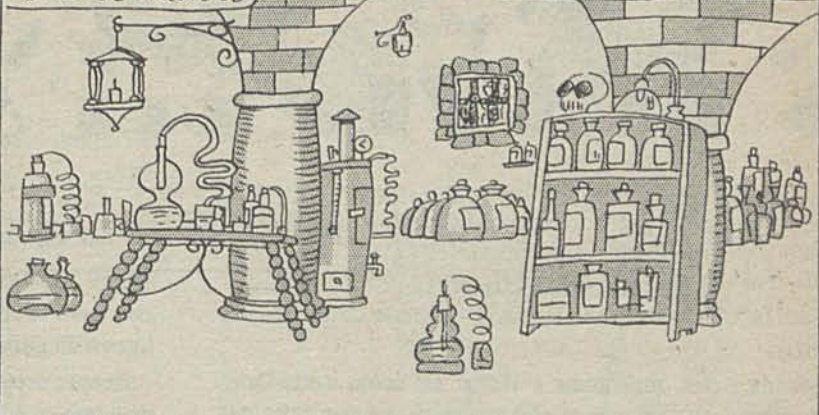


CONTINUACION

UNA VENTANA CON GRUESOS BARROTES CERRABA EL PASO DE LA ESCALERA. ¿PERO A DONDE DABA AQUELLA VENTANA?



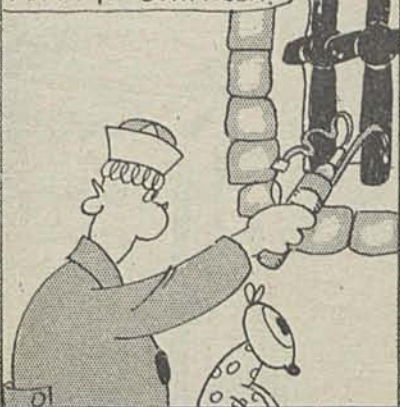
A UNA AMPLÍSIMA HABITACIÓN EN LA QUE HABÍA LOS OBJETOS DE UN COMPLICADO LABORATORIO: ALAMBIQUES, RETORTAS, HORNOS, MORTEROS, TUBOS DE ENSAYO, REDOMAS DE CRISTAL CONTENIENDO MISTERIOSOS LÍQUIDOS



AL ALCANCE DE LA MANO HALLÓ PERICUELO UN EXTRAÑO FRASCO QUE DECÍA: "ÁCIDO FERROCORROSIVO" ¿PARA QUÉ SERVIRÍA AQUELLO?



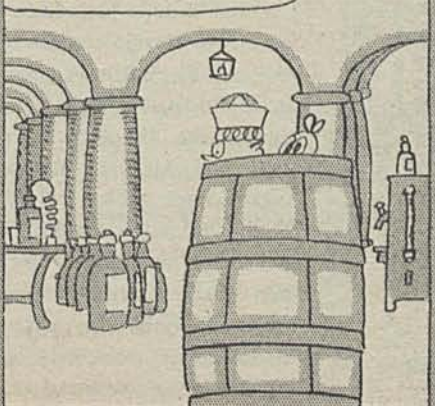
OCURRIÓSELE A PERICUELO ECHAR UNAS GOTAS DE AQUEL MISTERIOSO ÁCIDO EN LOS BARROTES DE LA VENTANA Y ¡OH SORPRESA!



LOS BARROTES COMENZARON A DOBLARSE COMO SI FUERAN DE CERA



LIBRE EL PASO CHUFITA Y PERICUELO SE LANZARON AL INTERIOR, PERO OYERON PASOS Y MÁS QUE A ESCAPE SE METIERON EN UN BARRIL



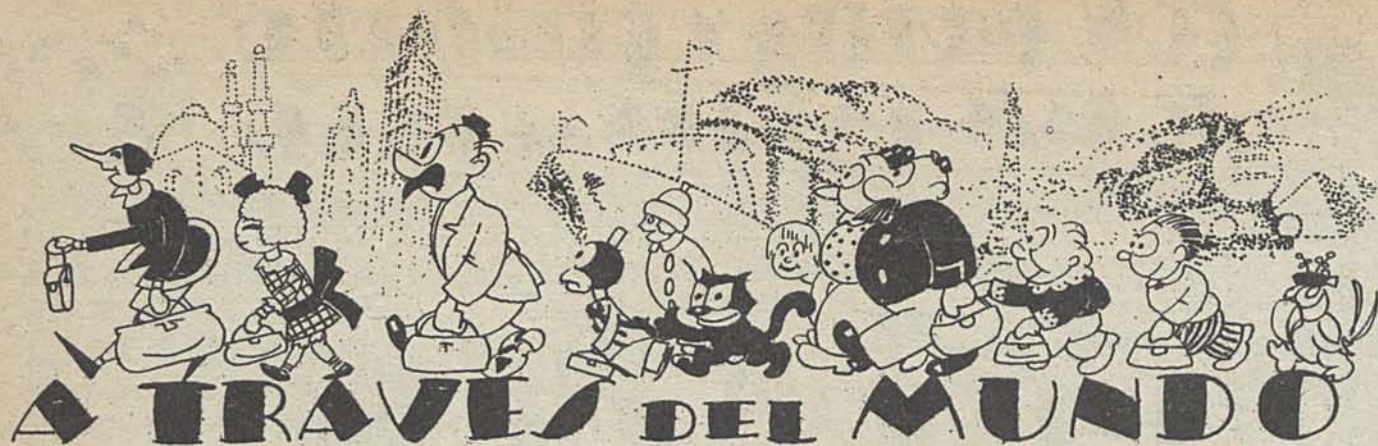
UN EXTRAÑO PERSONAJE CON LARGAS BARBAS Y UN VOLUMINOSO LIBRO BAJO EL BRAZO CRUZÓ POR LA SALA



SENTÓSE EN UNA MESA, ABRÍO EL LIBRO E HIZO EN EL ANOTACIONES Y CALCULOS JEROGLÍFICOS



CONTINUARA



Todos los reinos asiáticos tienen un nombre poético que generalmente está inspirado en una antigua leyenda. Así el Japón se llama el «Imperio del Sol naciente», como la Corea se denominaba el «Imperio de la mañana en calma».

El país de Laos, que vamos a visitar en unión de la Gran familia pinochista, se llama en el lenguaje de los naturales del país «Luang-Phra-Bang» que significa el «Reino del Divino Buda».

Este pequeño reino, cuya población total no llega a los 300.000 habitantes, está constituido por los restos de un antiguo y poderoso imperio, que se ha ido reduciendo por la codicia y rapacidad de los vecinos que lo rodean. China, Birmania, Annam y Siam han ido llevándose trozos y más trozos hasta dejarlo reducido a su actual pequeña extensión.

Los laotianos defienden como fieras su independencia, si bien a costa de tributos a sus avariciosos vecinos.

Así, han de pagar anualmente a la Corte de Hué (Annam) una contribución consistente en dos cuernos de rinoceronte; a China, dos elefantes vivos cada cinco años y a Siam una cantidad de 1.000 rupias anuales.

El rey de este país (S. M. Sisavang-Vong) ostenta el pomposo título que sigue:

«Poderoso y divino señor Sisavang-Vong; Jefe Supremo; Soberano del Reino del millón de elefantes; Poseedor del quitasol blanco; Señor de todas las

UN VIAJE A LAOS

ciudades de Laos, protegido por el Elefante divino.»

Cuenta en la actualidad este señor 36 años. Fué coronado en 1915, y las fiestas con que se celebró esta coronación fueron una verdadera locura de gastos y ostentación.

Estas fiestas merecen ser relatadas por la grandiosidad y costumbres tradicionales de que se rodean.

El día de la coronación, desde que la aurora comienza a asomar por Oriente, los dignatarios de la Corte acompañados de los sacerdotes bonzos se dirigen a los diez pozos sagrados de Laos llenando de agua ricos vasos de oro incrustados de valiosa pedrería.

Una vez llenos los vasos se organiza una vistosa procesión en piraguas, compuesta de sacerdotes de la religión budista, príncipes laotianos y personajes palatinos, dirigiéndose a buscar al joven príncipe que va a ser coronado rey.

Éste ha pasado la noche anterior haciendo plegarias en una pequeña pagoda consagrada a los reyes antepasados.

Delante de la pagoda se forma un nuevo cortejo constituido por millares de guerreros portadores de sables, lanzas y hachas; centenares de elefantes gigantes ricamente ataviados y con grandes anillos de oro alrededor de sus colmillos; centenares de sacerdotes vestidos con sedas amarillas; centenares de mandarines con trajes bordados de vistosos colorines; centenares de servidores que llevan en almohadones y soportes de





marfil cincelado las joyas de la corona, los emblemas de la realeza y los atributos del poder.

Toda esta comitiva, con la anterior, precede o rodea al palanquín de oro macizo sobre el que ha tomado asiento el joven príncipe.

Detiénese la comitiva en la pagoda de Vat-Xieng-Tong, donde el príncipe hace sus votos, y luego continúan procesionalmente hasta el Palacio Real.

Una vez en él y dejado el palanquín con el príncipe en el centro de una vastísima sala, se le acercan dos niñas y dos niños pertenecientes a familias muy humildes y derraman sobre él el agua contenida en los vasos de los bonzos.

Esto no es más que el principio de una ducha que va a durar muchas horas.

Los sacerdotes, los príncipes laotianos, y todos los miembros de la real familia vierten agua sagrada sobre el soberano, utilizando bien copas de oro y pedrería, bien cuernos de marfil, bien conchas de nácar.

Después de éstos sujetos, desfilan las gentes del pueblo vaciando uno a uno sus recipientes (cada uno lleva el cacharrito mejor que tiene en su casa) sobre la cabeza del príncipe.

Al fin de esta ducha prolongada los altos dignatarios conducen al rey a un salón donde lo secan y lo visten con su uniforme de seda laminada de oro y cuelgan de su cuello un pesado collar de diamantes y otras piedras preciosas.

Con este uniforme (que vale millones de pesetas) el rey es ya el «Gran señor de la vida».

El gran jefe de los Khazaks, raza autóctona, toma de la mano al rey, y lo conduce hasta el trono de oro cincelado, cubierto con el parasol blanco de nueve pisos.

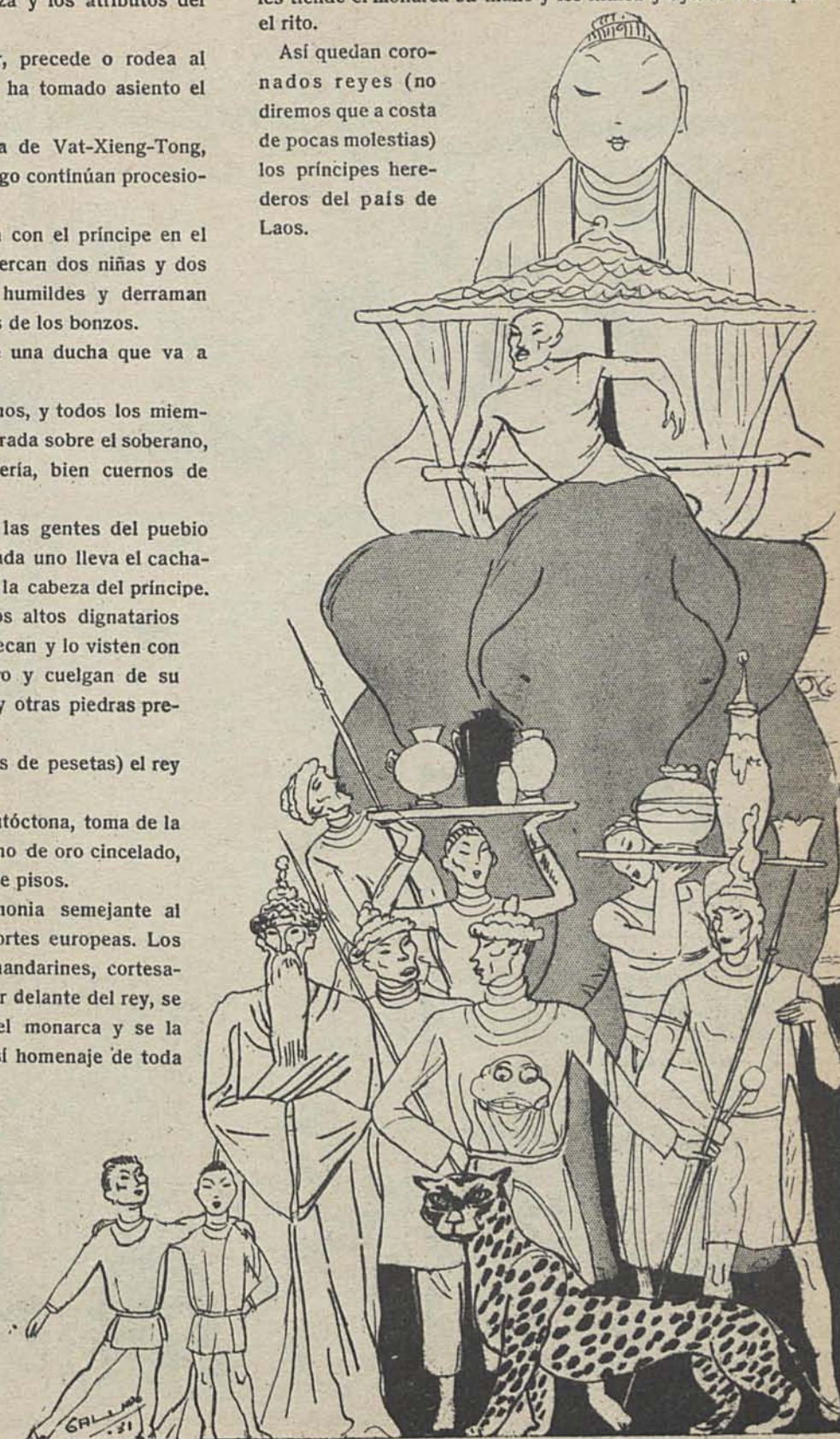
Entonces se desarrolla una ceremonia semejante al «besalamano» tan corriente en las cortes europeas. Los unos tras de los otros, dignatarios, mandarines, cortesanos, funcionarios, etc., etc., desfilan por delante del rey, se arrodillan, cogen la mano derecha del monarca y se la colocan sobre la cabeza, haciéndole así homenaje de toda su persona.

Todo el pueblo desfila ante el monarca. Es un espectáculo admirable ver miles de pobres gentes arrodillarse ante el nuevo soberano, hasta los viejos y las mujeres, a rendirle sumisión y respeto.

Los salvajes montañeses, los Khas, medio desnudos cierran este interminable desfile. Mudos, temblorosos, avanzan casi arrastrándose hacia el joven rey al que no se

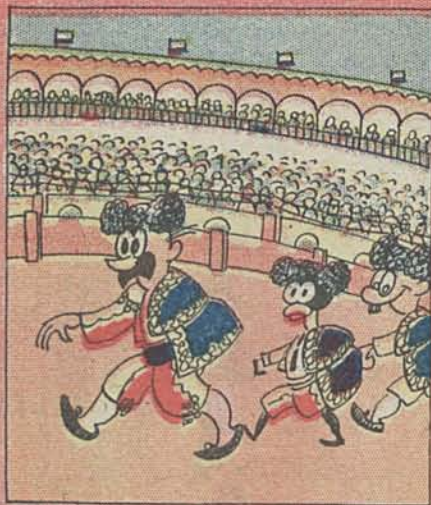
atreven ni a mirar. A estos seres de la ínfima categoría social les tiende el monarca su mano y les indica y ayuda a cumplir el rito.

Así quedan coronados reyes (no diremos que a costa de pocas molestias) los príncipes herederos del país de Laos.

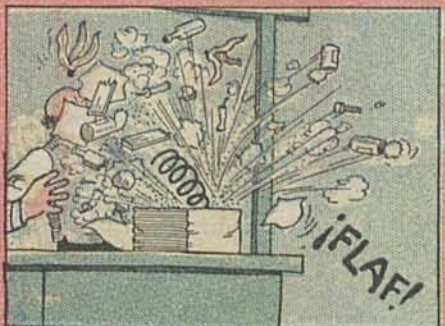




DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



COLORÍN SU PANDILLA



DOY KATITE



CUENTOS DE CALLEJA

EL VALOR DE LA MODESTIA

Cashila

H

ALLÁBASE vacante el trono de Etiopía, y querían elegir un Rey cuyas dotes de inteligencia y valor le hicieran digno de suceder al gran Narigón I, que había muerto sin sucesión.

Reunidos los ancianos en consejo, acordaron designar por Rey y señor a aquel noble que pudiera disparar una flecha con el famoso arco de Narigón I, que sólo él había podido manejar.

Además los pretendientes habían de luchar con un león y vencerle, y después de salir triunfantes en estas dos pruebas, habían de mostrar una cosa rara, otorgándose la corona al que presentase lo más desconocido y sorprendente.

Acudieron a la liza varios aspirantes al trono, y no fueron muchos porque el oficio de Rey no es tan agradable como a primera vista parece, pues no son pocos los sinsabores y la responsabilidad de los que ejercen tan elevado cargo.

Pipí, Cachupe y el gigante Media Anqueta se presentaron al concurso rodeados de sus pajes y escuderos. Cada uno llevaba un objeto raro, según lo establecido.

Pipí enseñó al Jurado el tacón de la bota con que Cleopatra mataba los mosquitos: estaba medio deshecho, y además olía mal; pero tenía su mérito. Cachupe entregó a los jueces un sombrero de copa con estoque, y Media Anqueta presentó una pepita del primer melón que comió Noé cuando salió del arca.

—Muy raras son estas tres cosas—exclamó el Jurado—, y, por tanto, hay que pasar a las otras pruebas.

En esto penetró en el palenque un joven llamado Astifino, de noble estirpe y aun más noble corazón, pero tan sencillo y modesto, que no había querido tomar parte en el concurso por creer que el puesto de Rey era muy superior a sus merecimientos.

Sentóse en primera fila entre los espectadores para para presenciar como uno de tantos el concurso.

Todos los concurrentes le miraban con gran asombro, juzgando que tal vez por temor a exhibirse no hubiera acudido al concurso en que se otorgaba el trono de su patria; pero el joven permanecía tan indiferente como si jamás hubiera pasado por su imaginación aspirar a tan alto puesto.

Un águila cruzó el espacio, y lanzándose en rápida caída hacia la tierra, llegó hasta muy cerca de los espectadores congregados en la liza.

Al emprender de nuevo la ascensión por los aires, todos pudieron oír que con toda claridad decía:

—¡Astifino es vuestro Rey!

La muchedumbre aplaudió con entusiasmo, y el joven se ruborizó; pero continuó en su puesto, como si no hubiera advertido aquella señal del cielo.

Una paloma blanca aparece en lugar del águila; da varias vueltas por encima del palenque y va a posarse sobre Astifino.

Nueva aclamación del público; más Astifino, avergonzado por tales manifestaciones, decide retirarse; sus amigos le invitan a presentarse al concurso; él se niega, y no hay otro medio de hacerle permanecer allí que la promesa de no ocuparse más de su persona.

Por fin se accede a su deseo, y Astifino se queda en su asiento de primera fila, porque no encuentra manera de colocarse en otro sitio más apartado de la curiosidad.

Salieron los heraldos anunciando el orden de las pruebas; el Jurado ocupó la presidencia del palenque; la muchedumbre se apiñó para ver mejor lo que ocurría, y, hecha la señal de comenzar el acto, aparecieron en la arena los tres aspirantes al trono de Etiopía.

Sacaron el arco de Narigón I, y Pipí salió dispuesto a disparar.

Coge la cuerda, tira de ella, hace mil viajes y contorsiones ridículas; pero el arco no se dobló, y el público reía dando grandes carcajadas.





—Tienes que comer mucho pan todavía—gritaban algunos.

—Anda que te den papilla, a ver si cobras fuerzas.

—No hagas tantos visajes, que te pones feo—gritaban otros.

—Pipí tiró el arco, y corrido de vergüenza, fué a ocultarse entre los suyos.

Tocóle el turno a Cachupe, el cual, lanzándose sobre el arco, hizo también grandes esfuerzos, sin conseguir doblarlo; pero al primer intento se convenció de que no podría, y renunció a la empresa.

Todo el mundo fijó su atención en el gigante Media Anqueta, que avanzó con aire desdenguado al centro de la arena.

Empuñó el arco, y cogiendo la cuerda, dió un formidable tirón; doblóse el arco, más no lo bastante para poder armarle, y aquel hombre, a pesar de sus esfuerzos, no logró tender el arma por completo, y fatigado la dejó caer.

Más de pronto salta un hombre a la arena, monta el arco sin esfuerzo y dispara una flecha con tal acierto, que un gavián que cruza por los aires cae a los pies del tirador atravesado por un flechazo.

El público prorrumpe en frenéticos aplausos, y un nombre sale de todos los labios: Astifino.

Él es el que ha realizado la hazaña sin que un músculo de su cara se haya contraído; pero se sustrae a la pública ovación, y vuelve a ocupar su asiento.

Toca después el turno a la lucha, y a un toque de clarín se abre una puerta y aparece un león de encrespada melena y mirada ardiente.

Pipí dice que el león es demasiado grande para un hombre solo.

Cachupe asegura que el tal leoncito tiene mala intención, y que se le conoce en la manera de mover la cola y de guiñar el ojo derecho.

El gigante desenvaina su espada y se lanza valerosamente sobre la fiera; abre esta la boca y Media Anqueta le tira una estocada con tal acierto, que le da en un colmillo; se le rompe el arma y se encuentra indefenso ante el león.

Un grito de angustia parte de

todos los pechos; pero, rápido como el pensamiento, se precipita Astifino sobre la fiera, y antes de que pueda herir a Media Anqueta le hace volar la cabeza de un sa-blazo.

Sin aguardar siquiera a recibir las gracias se volvió a su puesto, de donde le sacó el Consejo de ancianos, diciéndole:

—Has vencido en las dos cosas que eran más difíciles; si enseñas algo raro, serás nombrado Rey de los etíopes.

Astifino contestó que no tenía nada que enseñar, porque no aspiraba a puesto tan por encima de sus merecimientos.

Entonces el presidente de los ancianos exclamó:

—No necesitas mostrar nada tan raro como esa encantadora modestia que te adorna, que realza aún más tus grandes méritos.

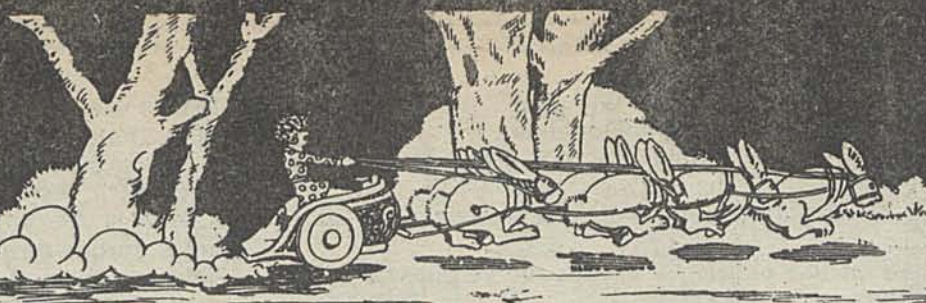
En este país, donde cualquier chisgarabís se cree con aptitud para ser hasta reina madre, nada más extraño que tu resistencia a ocupar el primer puesto de la nación.

A pesar de su resistencia, fué Astifino proclamado Rey de los etíopes y, según cuentan, lo hizo tan bien, que se olvidó la memoria del gran Narigón I y demás Reyes de su pueblo.

La modestia va unida casi siempre al verdadero mérito, y éste, al fin y al cabo, recibe el premio merecido.



ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GRAY

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE MAYO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi mejor amigo
María Barroso



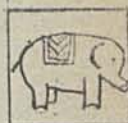
Ramón Pereda
L. Alarte



Un mono
T. Salvador



Vicente Yáñez



Mi elefante
Pilarín Prósper



Una barca
Teodoro G. de Zárate



Un pinochista
Herminio Blanco



Mi tía
Marisa Alarte



Mi burro
Emilio Vecino



Un golfo
Leonor N.



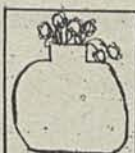
Pinocho
C. Hortelano



Una abeja
I. Martín



Mi profesor
Marisa Jesusa



Flores
Julia Donday



Un elefante
Ramiro García



Un león
A. M. Quesada



Quinquina durmiendo
M.ª Sesma



Tin y Ton
Conchita Hortelano



Morrunguis
Isabel López



Manolín
José Galdona



Angel Prieto



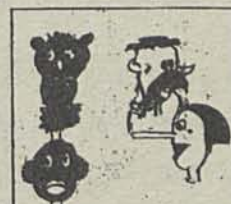
Soldado
J. Cubero



Charlot
C. Ventura



La cabra de Currinche
Pedro Llorente



Mis mejores amigos
Antonio Núñez



Mi amigo
Julio López



Mi costurero
Carmen Font



Oso blanco.—Cecilio Callejo



El gatito de casa
P. Córdoba



Un zorro
Antonio de Andrés



Chufita y Pericuelo
Antonio de la Cruz



Un indio
José García Roca



Luisa
J. Donday



La niña de las trenzas
Purita Hergueta



Dama del siglo XI.
E. Villaescusa



Una cresha
J. Díaz Reguilón



Una señorita
C. Pastor



Carabela
J. Galdona



Marinero
Pedro Areitio

VIDA PINOCHISTA



JULIA SÁNCHEZ
Premio de colaboración



ÁFRICA S. DE LEÓN
Una entusiasta de Pinocho



INÉS Y JOAQUINA
JARAQUEMADA
con su muñeca Violeta



FRANCISCO MAYÁN
Nuestro
original colaborador



INÉS JARAQUEMADA
Pinochista
y gran Pirulinda



JOSÉ DÍAZ REGUILÓN
Formidable dibujante



M.ª LUISA BRUNET
Primer
premio de pasatiempos



ALFONSITO NUÑEZ
Colaborador
entusiasta e inteligente



J. JARAQUEMADA
Es un «hacha» mon-
tando en «bici»



M.ª DEL PILAR LÓPEZ
Premio de colaboración



PURITA HERGUETA
Asidua y constante
colaboradora



MARISA ACEVEDO
Premio de colaboración

Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Diciembre

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Rafaelito Ayllón.

Segundo premio.—María Sesma.

Tercer premio.—Lucas Lizaur.

Cuarto premio.—Matilde Cabello.

Quinto premio.—Carlos Salvador.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Francisco Mayán, Manuel Lloreda, M.ª Gloria Fernández, Un desconocido, Carmelo Noriega, Augusto Gómez, Pepe Cifuentes, Antoñito Garizurieta, Antonio Gisbert, Carlitos Pastrana, Olivia Bermúdez y César Puente.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Premios a la colaboración pinochista del mes de Diciembre

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Josefina O. Vilamoro.

Segundo premio.—M. G. H.

Tercer premio.—Juanito de la Serna.

Cuarto premio.—Lucas Lizaur.

Quinto premio.—A. Andrés.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

José González, Manolo Sotomayor, Fernando Estévez, José Manuel Navarro, Luis Paul, Lolita González, Aurora Ortiz, Pilar García, Gonzalo Páez, Manuela González, Paquito Ariza, Juan Ruiz, Mary Riva Jerez, Andresito Ruiz de la Rosa; Jesús Prieto, Alberto Arbonés, Carlos Salvador, Pascual del Amo, Virginia Murillo e Inés Jaraquemada.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



EN EL BOSQUE

Si los monos que veis en el dibujo supieran que les están acechando ocultos entre las ramas un águila, un tigre, un conejo y una ardilla, de seguro que no estarían tan contentos.

Pero como nada saben ni se figurarán, continúan tan tranquilos.

Vosotros en cambio vais a averiguar en seguida dónde están escondidos la citada águila, el mencionado tigre, la mentada ardilla y el cacareado conejo.

¿Dónde están?

EN CASA DE MICIFUZ

En casa de nuestro queridísimo amigo Micifuz están de fiesta.

¿Queréis saber por qué están de fiesta en casa de nuestro queridísimo amigo Micifuz?

Pues sencillamente porque han hecho las paces con un antiguo enemigo de la casa.

Y para celebrarlo, Micifuz y su señora se han vestido con sus mejores galas.

Y han convidado a su antiguo enemigo a un soberbio banquete.

Si queréis saber cuál es el enemigo de Micifuz, unid los números con líneas empezando por el 1 y siguiendo el orden natural.

Pronto lo conoceréis.



Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

PIZQUITA DE ORO (FIN)



¡Y si que la tenía el infeliz monarca! Si hacía buen tiempo y se le antojaba apacarse de su carroza para darse una vueltecita a pie, no había andado cuatro pasos cuando ya empezaba a llover. Bastaba que se sentase en una silla para que tuviese la mala pata —el rey— de que se le rompiese una pata a la silla; y el día que se le ocurrió aprender a montar a caballo fué el mismo en que se inventaron los automóviles, y la equitación empezó a pasar de moda. Como el monarca era muy goloso lo que más le desesperaba de todas sus desventuras es que no conseguía nunca hacer una comida en paz; fruta que abría, fruta que, por muy hermoso que fuera su aspecto, estaba llena de gusanos; y taza de chocolate o de cualquier otro sabroso líquido que se llevase a la boca, taza en la cual caía fatalmente algún insecto, antes de que la tocasen los regios labios de S. M. Mala Suerte. Aquel día, el monarca se hallaba en el jardín de su palacio y un cortesano le presentaba un tazón lleno de leche recién ordeñada.

En rey lo cogió y murmuró:

—Me daré prisa en beberlo, no sea que alguna mosca o...

No pudo acabar; algo caído del cielo al parecer ¡ploc! acababa de zambullirse de golpe en la leche espumosa que salpicó desastrosamente el traje del soberano. (Ni que decir tiene que aquel era un traje nuevo y de los de gala; el que el rey estrenó la víspera, se lo desgarró, enganchándose en un picaporte y el de la antevíspera había recibido un chaparrón que lo dejó sin uso.)

Su Majestad lanzó un grito, el cortesano lanzó dos, la taza que era de china finísima y formaba parte de una valiosa colección del palacio real, cayó al suelo y se hizo añicos derramando la poca leche que quedaba. Cuando el cortesano le presentó a la causante de todo el mal (que no era otra que nuestra amiga Pizquita de oro que acababa de tener un accidente de «aviación»

pues se había roto el tallo de la margarita, afortunadamente cuando el pájaro volaba a poca altura) estaba tan exasperado que en lugar de enternecerse ante la graciosa y microscópica criatura, se puso más furioso:

¡Tiene cara de asesinal—rugió— y estoy seguro de que lo ha hecho aposta. Que le sea aplicada la ley con todo rigor.

Después de una larga deliberación, los jueces declararon a la acusada culpable de tentativa de regicidio y el señor presidente la condenó a muerte.

Pero Pizquita no oyó siquiera la terrible sentencia. Mientras deliberaban los jueces, ella se había acercado sigilosamente al gorro del señor presidente que estaba sobre la mesa; con mil precauciones, había conseguido alzarlo un poco y colocarse debajo; allí se acurrucó entre la copa y el forro.

Después de dictar sentencia, el señor presidente se puso su gorro y se alejó majestuosamente con la satisfacción de un hombre que ha cumplido su deber. Entonces fué cuando se advirtió la desaparición de la condenada; pero por más que la buscaron no pudieron dar con ella.

Como que el señor presidente se la había llevado en la cabeza; pero durante el viaje que el señor presidente efectuaba en una silla de mano, Pizquita agarrándose a los bucles de la peluca se fué deslizando hasta el suelo y cuando el vehículo llegó ante la puerta de la casa del señor presidente mientras éste personaje salía por una puerta, la fugitiva salía por la otra.

La pobre Pizquita, temblando de miedo de que algún transeúnte la aplastase con el pie o algún gato la matase con las uñas, logró llegar a un bosque.

Cuando abrió los ojos, quedó estupefacta: ante ella había un joven apuesto y gallardo que la contemplaba; y lo asombroso era que ella, Pizquita le miraba cara a cara y no como a un gigante descomunal, según ella estaba acostumbrada a ver a todo el mundo. «¿Si habré yo crecido de pronto?» se preguntó. Pero ya el joven le dijo:

—Sin duda te sorprende tanto como a mí hallarte ante una persona de tu misma estatura. Sin embargo, en mí el ser tan chiquitín, tiene su explicación. Has de saber que soy hijo de Almendrita y del principito que, como recordaras se casaron al final de su cuento. Me llamo Avellanin, y soy el príncipe heredero del reino de las flores.

Avellanin y Pizquita están hechos el uno para el otro; así es que, después de volver cerca de Tiburcio y Olegaria que lloraron de alegría al ver a su hijita a la que creían muerta, se casaron. La boda fué magnífica pues el príncipe, naturalmente, era muy rico; fué padrino Almendrita y padrino Pulgarito; éste se había al otro extremo de la tierra, pero llamado para esta ocasión, acudió y gracias a sus botas de siete leguas, apenas invirtió unos minutos en el viaje.



GALINDO
31